

Cuentos del paraíso de las islas

11

04 Don Borondón el Babilónico

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 04/03/2023

Número de páginas: 19

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

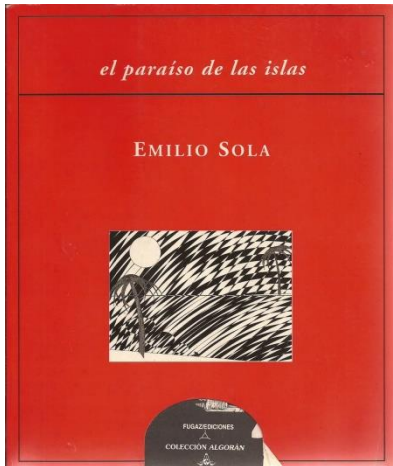
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

11

04 Don Borondón el Babilónico



“Don Borondón el Babilónico” fue publicado en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario llega hasta la muerte del protagonista, Son Borondón el Babilónico o Sargón el Antiguo, o Borondón el Antiguo, como también se le llamó, en el año 52 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o del Naranjal. Se fragmentará en 5 entregas:

11-01, 11-02, 11-03, **11.04** y 11-05

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

<p>EPÍLOGO: Del amanuense para el lector, con DEDICATORIA incluida.</p> <p>2.- DON BORONDON EL BABILONICO.</p> <p>2.1.- Don Borondón el Babilónico, conocido como Sargón el Antiguo en Oriente, toma una copa de vino en la terraza de la casa del naranjal.</p> <p>2.2.- ¡Salud, amigos!</p> <p>2.3.- La biblioteca habitada de la casa de don Borondón.</p> <p>2.4.- Don Borondón y la luna llena.</p> <p>2.5.- Ante el espejo: “La gran aventura”.</p> <p>2.6.- La construcción de la plataforma circular.</p> <p>2.7.- Chito Gomes, los chicos de Spalato y la música para la plataforma.</p> <p>2.8.- La música, los grupos de la costa y el chiringuito de Eulogio.</p> <p>2.9.- Eulogio y Josefina y sus hijas Josefina y Verónica.</p>	<p>2.10.- Leila Naser llama al Babilónico “nostálgico, borrachón”, y éste charla con Erik Andersen, gran jardinero.</p> <p>2.11.- Los niños Fito Naser y Lavinia Plonka en la casa de don Borondón y la historia del hombre del perro negro y el niño Saigo Newman.</p> <p>2.12.- Con la luna llena de mayo, el Antiguo se pasa el día hablando de la libertad y se despide de la casa-biblioteca del naranjal.</p> <p>2.13.- Don Borondón se instala en la plataforma durante la fiesta de la luna llena de mayo.</p> <p>2.14.- El Antiguo y don Severino Muntañola recuerdan tiempos antiguos.</p> <p>2.15.- Don Borondón es condecorado y desenlace provisional de la historia de Miriam María y el Hamufín Norodón.</p> <p>2.16.- Gente nueva llega a la casa de don Borondón, entre ellos Tittina Entrambosaires y sus hijos Estambuli Entrambosaires y Alta</p>
--	---

<p>Gracia. La muerte de los jóvenes griegos Constantino y Melina.</p> <p>2.17.- Días de junio del Antiguo encerrado en la plataforma.</p> <p>2.18.- La luna llena de julio, la música y la muerte de don Borondón.</p> <p>2.19.- La gran pileta de plástico y cerámica dorados.</p> <p>2.20.- El amanuense interpola de nuevo: la luna de don Borondón.</p>

dos se despidieron. Don Borondón hizo girar la plataforma hasta quedar frente a la colina por la que había de ocultarse, la ascendió y esperó con un cigarrillo a que desapareciera ella. Una vez desaparecida -sentía, aunque no los viera, los ojos de Erik Andersen clavados en él desde el pino cercano-, pulsó una orden y ascendió la lona. Hizo sus necesidades; sintió verdadero placer con el lavado automático calentito y el secado al vapor, ventiló, perfumó de ámbar, apuró su última copa de vino y se quedó dormido soñando que -había terminado la noche de los besos- se quedaba dormido soñando que...

113

2.14.

Don Borondón, con pocas horas de sueño, no se enteró del alba. Pero sí del estruendoso descenso de Erik del árbol, acompañado en su caída libre de crujir de ramas y gruñidos. Hizo recoger la lona y descender la plataforma a nivel del suelo.

-Perdone, Antigua -se disculpó el Andersen-. Se me había caído la baretina.

Borondón botoneó un par de cafés e invitó al jardinero. Era media mañana ya. Echaron un pitillo en silencio contemplando el mar.

-Calma blanca -musitó el Antigua.

Erik se dio una vuelta por los arriates, se despidió y se adentró en el naranjal. Había bastante gente por la playa, comuneros, visitantes y turis-

114

tas. Algunos pasaban por la plataforma para charlar un rato con el Antiguo, si estaba accesible y no en lo alto o con los toldos desplegados, otros le saludaban desde lejos. Así había de transcurrir todo mayo.

Mediado el mes, una semana larga después de su “entronización”, como habían comenzado a nombrar la fiesta de la luna llena de mayo, don Borondón recibió una visita que nunca hubiera imaginado. Leila Naser se había llegado a la plataforma después de la comida del mediodía, algo azorada, le había pedido excusas al viejo por interrumpir su siesta y le había anunciado que don Severino Muntañola en persona estaba en la casa, sin acompañantes, y solicitaba una entrevista personal o privada, algo así había dicho, y que había insistido con particular interés. El tal Severino Muntañola era el presidente de la asamblea municipal y ex-gobernador de aquel tramo de costa.

-¿No le has dicho que estoy en el servicio?

-Sí, Antiguo. Pero insiste tanto y en tales términos que me ha conmovido. Está al tanto de tu retiro a la plataforma y lo que ello significa -Leila adoptó un tono suplicante-. Creo que debes hablar con él, don Borondón.

-¡Vale, tía, vale! Sabes mejor que yo lo que conviene hacer -subió y bajó lonas, extendió la cupulita a modo de parasol-. ¡Ah!, y trae una silla o algo para que ese señor se siente.

Mientras Leila se alejaba, estudió los giros de la plataforma hasta conseguir un interior sombreado y fresco, abierto sobre el mar. “Qué coñazo de tío. Toda una vida incordiándonos y ahora viene a parlamentar o a lo que sea”. Buscó música. “Ritmos antiguos. Voces femeninas negras, eso es. Y la Janis Joplin de remate. Eso es”. Un viejecito menudo

con bombín y bastón, zapatos deslumbrantes y traje impecable se acercaba, acompañado por Leila, a paso lento, titubeante a veces. “Ese debe ser el Severino Muntañola. Buen pájaro”. Ajustó el volumen; lo suficientemente alto como para que no pudieran hablar sin elevar un tanto el tono, aunque sin llegar al grito. Leila se adelantó -”Disculpe usted, don Severino”, había susurrado- y desplegó una silla plegable de madera y lona y un cojín de seda amarilla al lado del Antiguo. El viejecito se descubrió cortés, el bastón al antebrazo, y saludó.

-Buenas tardes, señor el Babilónico.

-Alecum salam, señor Muntañola. Hágame usted el honor de tomar asiento en esta humilde sala que a su disposición debe considerar -se dirigió a Leila mientras tomaba asiento el, desde cerca, pulcrísimo ancianito-. Sucram, thank you very mucho, madama Leila -y luego de nuevo al pulcro viejecito que olía a algo sutil que debía ser carísimo perfume-. ¿Aceptaría usted un café?

-Sí, gracias, con mucho gusto. Ligero a ser posible.

Don Borondón manipuló un par de cafés, uno de ellos ligero. Leila se había retirado pronta, temerosa de que la risa la traicionara.

-¿Azúcar o sacarina?

-Sacarina, por favor. Muchas gracias.

-Es un placer para mí, señor presidente de la asamblea municipal...

El Antiguo no pudo terminar la frase. El visitante interrumpió su cucharilleo cantarín para, con vocecita que se esforzaba en elevar por so-

bre aquel aire atronador de voces femeninas enervantes, interrumpir a su vez al Antiguo.

116 -Llámeme Severino, si es que no le molesta, señor el Babilónico.

-En absoluto, don Severino. Usted puede llamarme Borondón, o Sargón, si lo prefiere así... Smahli.

Tomaban el café a sorbitos breves. De vez en cuando se estudiaban con mirada disimulada el uno al otro. No llegaba a media docena las veces que los dos viejos se habían visto, la última hacía ya muchos años, cuando el asunto de los matrimonios comuneros que definitivamente los distanciara. En los difíciles años posteriores a la gran guerra la casa de don Borondón, ya magnífica biblioteca bien conocida aunque aún algo desordenada, jugaba destacado papel en el nacimiento de lo que por entonces comenzaba a llamarse “el paraíso de las islas”, en particular después de que el Antiguo se hubiera instalado de manera definitiva en aquel tramo de costa y casa. Para entonces había desaparecido para siempre el presidente Juan Bravo; había desaparecido, no se sabía aún si para siempre, la Gran Confederación Centro-Sur; los considerados “renegados” por los sectores económicos dirigentes de la Federación Oeste, Rómulo Castro, mariscal Macumbi Mancini y superembajador Hidehito, se habían retirado a sus respectivos lugares de origen, a saber, Antioquía -de América-, Lumumbasi y Nagasaqui, en donde habían de morir el mismo año y mes, no mucho después del fin de la gran guerra y tras escribirse unos a otros emocionadas y extensas cartas -en total seis cartas 6-, recibidas el día de los funerales, que fueron leídas en ellos ante expectantes multitudes y consideradas desde entonces como textos fundamentales para la comprensión de aquellos terribles años e históricos sucesos. En aquel tiempo dramático, por la casa del Antiguo habían desfilado con cierta periodicidad Lauari Bujudmi -

el padre del cuchillo, casi cada primavera de paso hacia o de vuelta del sur o de las islas-, María de la Soledad Muñoz Dolores, prima de Antón -de aquella casa había salido para reunirse con Bujudmi en la costa de la antigua Berbería y desde allí iniciar su viaje definitivo al sur-, Gina Manfredi con su hijo, aún niño, Prisciliano, Montse Pujol y tantos otros que ya mal llamaban comuneros. También don Severino Muntañola se había instalado de manera definitiva en la región después de la gran guerra. Político y hombre de negocios, pertenecía a una de las familias más ricas de la costa que, de un pasado campesino -las "naranjas Muntañola" y luego los "zumos Muntañola" tenían fama centenaria-, habían evolucionado al diversificar las inversiones en otros sectores productivos -transportes, industria del juguete, del calzado, del mueble y largo etcétera-, en la región y fuera de ella; hasta conectar, en los años de Severino Muntañola, con las grandes firmas internacionales de la Federación Oeste y organismos comerciales de la Unión Roja. Con la creación de la Gran Confederación Centro-Sur, don Severino Muntañola -que en principio la había acogido con agrado- se volcó en la vida política y fue uno de los defensores a ultranza del mantenimiento de las alianzas tradicionales de los países integrantes de la susodicha confederación, alianzas que de manera tan catastrófica habían de incidir en la generalización y el desarrollo de la gran guerra. Su hijo mayor había muerto, y era todo un símbolo, en la batalla aérea del golfo de Tonkín. Después de la gran guerra don Severino -sin duda víctima del general desencanto, localizable, por otra parte, a nivel planetario-, en el marco del movimiento hacia la descentralización administrativa, por llamarlo de alguna manera, que la creación misma de la Gran Confederación había potenciado, había regresado a su tierra de origen y entrado en ella por la puerta grande de la política, como gobernador de aquel tramo de costa. De entonces databan sus primeros encontronazos y entrevistas con don Borondón el Babilónico, excéntrico personaje allí instalado desde hacía tiempo,

117

118 que estaba lanzando interesantes novedades experimentales en el sector agrícola -competencia, por lo tanto, aunque no temible, para los Muntañola- con la ayuda de un variopinto grupo de técnicos de procedencia dispar y que había conseguido integrar a sectores campesinos locales en un movimiento cooperativista o colectivista perfectamente legal, aunque de "música" inquietante para el fino oído del gobernador Muntañola.

-¿Una copita, don Severino?

-Muchas gracias. Bebo poco, pero hoy se la acepto con mucho gusto... Sí, coñac, por favor.

La policía secreta del gobernador Muntañola había elaborado por entonces extensos informes. La casa de don Borondón era un hervidero de gente de paso y de gente allí instalada; era el tiempo de los trabajos de catalogación y organización de la biblioteca, de la elaboración del programa básico unificado y de los estudios previos de informatización que tanto entusiasmo despertaran de costa a costa y en las islas. El equipo de Muntañola había decidido un ataque en toda regla a aquellos experimentos que después de la desaparición de la Gran Confederación consideraban fuera de lugar y habían planeado llevarlo a cabo por el flanco que pensaban menos defendido: cuestión de nacionalidades y permisos de residencia y de trabajo. Don Borondón el Babilónico recibió por entonces tal medida como una provocación, como una simple interferencia en los trabajos y preocupaciones principales del grupo; la experiencia contaba con amplio apoyo internacional y era bien conocida, estrella de tantas y tantas publicaciones especializadas y de divulgación, con lo que otros peligros exteriores no cabía esperar para ella. En la casa del naranjal se pasó a discutir la respuesta que se había de dar, la respuesta que se merecía la medida extemporánea del

equipo del gobernador Muntañola. Tres días con sus noches respectivas duró la movida de la discusión y, al cabo de ese tiempo, se decidió una respuesta burocrática y festiva: organizar bodas. Todo aquel - mal-llamémosle - comunero que tuviera un estatus legal en regla aceptaría en matrimonio a todo aquel - mal-llamémosle igualmente - comunero que llegara, bien para instalarse un largo tiempo, bien de paso para donde fuese si ese "de paso para" se calculaba que podía durar. En la semana siguiente se habían organizado ya veinticinco bodas. Nada se escatimó para realzar su carácter festivo; desfiles procesionales al juzgado y al ayuntamiento, bailes y verbenas, cenas multitudinarias en la explanada de la playa; en la boda del propio Borondón con la bailarina rusa Ana Ivanova -luego madre de Irina- y de otras dos parejas, hubo fuegos artificiales, tan clásicos en la región. La boda burocrática y festiva se convirtió en un recurso muy popular en otras casas del mismo tramo de costa, primero, y de otras regiones, más tarde, cuando se plantearon problemas con algún equipo cerril, o molestatador sin más, como el del gobernador Muntañola. El modelo se fue perfeccionando con el paso del -aunque breve- tiempo. Los - mal-llamémosles - contrayentes procuraban ser de los orígenes geográficos más opuestos, a ser posible de razas distintas, de edades dispares con frecuencia. En definitiva, se buscaba deliberadamente el contraste, lo dispar o disparate, hasta el disparate; eso mismo era un elemento más de la fiesta. Y después de las bodas, los divorcios, al igual que ellas burocráticos y festivos, que daban lugar a nuevas bodas; en el año y medio que durara la peculiar guerra Muntañola/Borondón, nunca declarada pero existente de hecho, el Antiguo llegó a celebrar y descelebrar siete bodas. Aquel año largo fue recordado como el tiempo de las fiestas, o el año de las celebraciones, o el tiempo de las bodas.

-¡Tiempos aquellos, don Severino!

Los dos viejos permanecían silenciosos frente al mar y al encontrarse de nuevo sus miradas comprendieron que sus recuerdos confluían. Don Borondón se apiadó de aquel pulcro ancianito que tenía frente a sí y disminuyó el volumen de la música con leve disculpa.

-¡Oh, perdone usted! Como estoy perdiendo el oído, me olvido con frecuencia de que mis interlocutores pueden sentirse a disgusto con los tonos altos...

-Por favor, don Borondón, no se moleste usted. Conozco perfectamente su debilidad por la música... -don Severino enrojeció una miajita-. Bueno, he oído comentar sus aficiones de melómano y, en cierto modo, también las comparto, ¿sabe usted?

-Una de mis pasiones de juventud, tan lejana ella, uno de mis sueños irrealizables, en el que entraban sin duda saxos y trompetas, fue el de ser negro. ¡Ya ve usted...!

Hubo una pausa que ambos aprovecharon para apurar sus copas.

-Y cambiando de asunto, don Severino, ¿a qué debo el tanto honor de su visita?

-Pues verá: es muy sencillo. La asamblea municipal, que me esfuerzo en presidir dignamente, ha decidido por unanimidad, y a propuesta de un nutrido grupo de sus miembros, nombrarle a usted ciudadano ilustre de nuestra región y alcalde honorario de ella, con pensión vitalicia convertible en billetes de avión y medalla de oro conmemorativa. He rogado a la asamblea, y ella me lo ha confiado gustosa, que fuera yo en persona, a título privado, quien le comunicara a usted este acuerdo antes de que sea dado a la luz pública; antes, en fin, de su publicación.

Calló don Severino. Miró al Antiguo y su perfil inmóvil se le antojó de buen dios del medioevo feudal. El antiguo miraba al mar. "Fugacidad del hombre siempre en busca de algo que debe ser azul", recordaba vagamente el Babilónico. "¡Tiene gracia!" Y, sin embargo, aquello era casi lógico, encajaba a la perfección en la dinámica del tiempo transcurrido. De cuerpo semi-extraño, la casa del naranjal y las demás surgidas en la región habían pasado a formar parte de aquel tramo de costa, parte inseparable y operativa, poco a poco habían accedido a modelarla a su imagen, a integrarla en aquella unidad superior sutil que llamaran - mal-llamaran, pero de alguna manera había que entenderse - paraíso de las islas. Cuando don Severino Muntañola había dejado la gobernación y había sido elegido presidente de la asamblea municipal, el proceso se había operado ya, ya la región entera había pasado a contar con aquellos grupos de técnicos y trabajadores, semi-nómadas pero cada vez más semi-sedentarios; hasta los propios hijos e hijas del nuevo presidente del municipio habían preferido -salvo el muerto en Tonkín, como es lógico- acoplar su capacidad de acción al nacido nuevo orden -mal-llamémosle- comunero, ser adultos viajeros, ensayar la construcción de los nuevos y cada vez más altos techos de la libertad - así, en abstracto, como suena, tópico pero concretísimo, desnuda y material-, olvidarse del interior y el norte -don Severino sabía que los "productos Muntañola" estaban en peligro, en manos de oscuros ejecutivos, pero no le afectaba en exceso y eso suponía una apreciable revolución personal que le tenía perplejo-, imponer con su vida y su trabajo la exigencia suprema de los grupos, la de vivir en paz.

121

Don Severino miraba aún al Antiguo, su perfil inmóvil, y éste miraba al mar. No quería quebrar aquel silencio, prolongada pausa, y esperó. Janis Joplin -"Tiempo de verano" o "Summertime"- modulaba sus últimos lamentos de gata encelada o algo así. Al término de la antiquísima canción, el Antiguo pareció volver de largo viaje.

-Perdone usted, don Severino. Creo que me he quedado traspuesto...
¡Un cuelgue, vamos!

122 Frente a frente, se miraban ya los dos viejos, con franqueza, sin veladuras ajenas a sus propios ojos, miradas verdaderas.

-Le agradezco su mensaje. Sinceramente -concluyó el Antiguo y al pulcro viejecito se le notaba satisfecho al escucharle-. Lo acepto gustoso como una muestra delicada de cortesía por su parte. Dígale a Leila Naser, por favor, que disponga lo que crean ustedes más conveniente para honrar ese gesto amistoso que, y así se lo agradezco en particular, pienso inspirado por usted.

Don Severino se había puesto en pie -el sombrero en la mano y el bastón en el antebrazo izquierdos-, había tendido su mano derecha al Antiguo que la había estrechado entre las suyas y, al mismo tiempo, musitó algo así como "aquí todos le estimamos bien, señor el Babilónico... -y enrojecía como un tomate-, aquí todos le amamos". Descendió de la plataforma, se caló el bombín y fue tratabillante entre naranjos hacia la casa. El Antiguo le siguió con la mirada; giró, incluso, la plataforma para mejor contemplar al pulcro viejecito. Musitó, aunque no podía oírle ya, un "eleleka, my friend" y un "ciao, ciao".

2.15.

La última semana de mayo los del ayuntamiento le trajeron al Antiguo la medalla de oro a la plataforma. Don Severino Muntañola dijo

unas palabras breves. En realidad había traído un discurso escrito mucho más largo, pero en el momento en el que iba a comenzar a hablar el Antiguo le había susurrado al oído “no se enrolle demasiado, don Severino, se lo pido por favor; sea usted breve, hambuk”, y el viejo había plegado los papeles y dicho de memoria lo dicho, unas breves palabras. En esencia, era esto: más de medio siglo de vida de la costa, así a buen ojo, tal vez mucho más tiempo, estaba íntimamente ligada, como a las naranjas, a la presencia de don Borondón en ella; él sentía en el alma, tal vez su más íntimo pesar, no haber comprendido antes al Antiguo, lo que le rogaba con encarecimiento que le fuese perdonado; terminaba augurando un futuro prometedor al maridaje, “y esta vez no sólo burocrático y festivo”, costa/casas comuneras.

Se dieron un abrazo los dos viejos y a partir de ese momento comenzó la fiesta. La explanada entre plataforma y playa y la playa misma estaban llenas de gente -comuneros de allí, comuneros turistas, gente de la costa y turistas ocasionales, todo dicho así de mal para entendernos- y el Antiguo se hizo cargo de la música, una vez más salsa, rumba, pasodoble y samba. Don Borondón invitó al pulcro viejecito a tomar algo -Leila había instalado en la plataforma la silla plegable y el cojín amarillo-, le mostró el funcionamiento del ingenio, se pasaron un rato contemplando y comentando la fiesta desde la plataforma elevada a cinco metros y se despidieron -vagamente intuían que no volverían a verse más, que ésta había sido su primera, mejor segunda, y última entrevista amistosa, pero que así es la vida, se despidieron- con un abrazo.

A finales de mayo mucha gente comenzó a irse. El último día del mes debía partir Simón el Mago y los Hamuines Warda y Norodín. Miriam María debía volver a Alejandría al día siguiente. Había quedado con Erik Andersen en ayudarle -ya le comunicaría la fecha exacta con antelación- en los trabajos de jardinería de la isla de Lesbos; a Erik le ha-

bía agradado la idea y le mostró planos del terreno, tipos de tierra, proyectos para las solanas y las umbrías, muestras de la flora autóctona y otros detalles, a veces mínimos, más. Pero a Miriam María lo que más le preocupaba era el chico Norodín. El día que se marchaba Constelación Muñoz habían coincidido un rato de tertulia con el Antiguo.

-¿De verdad que me parezco tanto a mi madre como dicen, Constelación?

La pregunta de Miriam no era una pregunta inocente. Sabía la muchacha por su madre que Constelación había sido su mejor amigo de juventud y que una espléndida noche de luna, en la playa vecina al chiringuito de Eulogio, la había “ayudado a ser mujer”, eufemismo que ella empleara.

-Muchísimo, chica. ¿Verdad, Antiguo?

-En efecto, mucho.

-Y ¿os veáis con frecuencia después de aquella hermosa noche de gran luna cerca del bar de Eulogio? -preguntó de nuevo Miriam, como distraída, mientras jugueteaba con la medalla de oro municipal que le prestara el Antiguo momentos antes.

-¡Ah, curiosilla! Esas cosas preguntáselas a tu madre mejor.

Don Borondón había observado un momento a la chica; enseguida le dijo a Constelación:

-Contéstale. Parece que Miriam necesita saber algo.

-No es nada importante, Antiguo, pero me gustaría saberlo -la muchacha se levantó del lugar de la plataforma en la que estaba sentada y se fue al Antiguo-. ¿En qué parte del cuerpo te gustaría lucir la medalla?

-Eres una chica incorregible -sonreía socarrón-. ¿Me estás provocando para que te diga una grosería? -rieron todos-. Es un buen objeto de regalo.

Hubo una pausa. Borondón botoneó unos refrescos y para él una copa de vino y un cigarrillo. Miriam se había sentado en la plataforma de nuevo, las piernas colgantes hacia afuera, de espaldas al viejo. El Antiguo hizo un guiño a Constelación y un gesto con la cabeza hacia la chica.

-Con respecto a lo de antes, niña, después de aquella hermosa noche de luna tu madre Pepita María y yo nos separamos cosa de un par de años; yo pasé un mes aproximadamente en la casa del huertito de los almendros, con Montse Pujol y la gente de allí, y luego me fui al este para especializarme en las instalaciones de energía solar que se construían por todas aquellas islas. Tu madre se quedó con Alexis y creo que estuvieron juntos mucho tiempo -Constelación hizo una pausa; bebían sus refrescos-. ¿Es eso todo lo que querías saber?

-¡Os lo montabais bien antes, tío! -comentó Miriam.

-¿Es que no te va bien lo tuyo con el chico Norodín? -habló el Antiguo.

-Por mi parte, muy bien. Pero Norodín dice que quiere venirse conmigo a Alejandría, quiere que sigamos juntos. Un rollo, ¿ves? No se me ha presentado problema de fijación a mí sino a él. Y eso es un mal rollo.

-Pues mira tú. Es que estos chicos de ahora son unos románticos -sonrió el Antiguo.

126 -¡Eso mismo le dije yo, viejo! ¡Y me reí de él en su cara! ¡Y nada! -Miriam se había vuelto; hablaba sofocada, mientras Constelación ocultaba con la mano la boca y carraspeaba para ahogar las ganas de reír.

-¡Dramático, tía! -dijo el Antiguo, socarrón de nuevo, y tomaba un sorbito de vino.

-No, ¡si a mí no me importa! -Miriam miraba al viejo con ojos encendidos-. El Hamuín puede instalarse, si quiere, en Alejandría. Como si quiere en China. Es un conductor excelente de excavadoras, ¿sabes? Hasta ganó las dos últimas competiciones de habilidad y velocidad con uno de esos bichos monstruosos y gigantescos... Pero lo que a mí me pone frenética, porque problema de integración en Alejandría, con la cantidad de obras y desmontes que hay en la región, no lo hay, lo que me preocupa es que pueda pasarlo mal el chico.

-No lo entiendo bien.

-No sé, que le entren malos rollos, manías, que manifieste reacciones celosas, qué sé yo... ¡Es tan romántico y tan inocente! Me cabrea que sea tan... qué sé yo. ¡Tan puro niño! ¡Comprendes?

-Creo que eres tú la que se está pasando, chica -intervino el Constelación-. Estás analizando hechos que no han sucedido todavía como si hubieran pasado ya.

-Yo creo, Constelación, que la Miriam dice que el chico es un romántico enamorado, pero ella no le va a la zaga. Vamos, ¡me huele a mi eso a...!

-¡Vaya par de vejstorios! ¡Insoportables! -Miriam María se levantó, dio unos paseos en torno a la plataforma y volvió junto al Antiguo-. Además, todo eso es asunto nuestro y no sé por qué os lo estoy contando. No me importaría nada que Norodín se viniera a Alejandría y se integrara en los grupos de la costa de allí. Yo le estimo bien, gual-lá. 127

-Yo opino, Constelación, y estoy dispuesto a formalizar una apuesta contigo, que nuestra chica se va a quedar preñada antes de lo que tú y yo pensamos.

-¡Un rábano me importa empreñar o no, tío! Además, Norodín se va a inyectar pronto anticonceptivo para un año.

-Un niño mulatito retozón y reidor, a lo Ahjmed Pujol, te lo apuesto. ¿Te acuerdas de aquel endiablado y divertido mulato claro Pujolito?

-¡Claro que me acuerdo! Un Ahmed María, Antiguo...

-¡Bah! No se puede hablar con los viejos. El tiempo que pasa os pone insoportables -rezongaba Miriam María.

-Creo que le diré a Leila que esta medalla municipal de oro se la reserve para el mulatito Ahmed María, hijo de Miriam María y un Hamuín, nieto de Pepita María y... a propósito, ¿de quién?

-Eso, eso, Constelación, ¿de quién más soy hija? -intervino rápida Miriam, algo más animada, el amago de enfado lejos.

-¡Cosas de tu madre! O no sabe o no contesta. ¿Qué te ha dicho a ti, que eres parte interesada también?

-Que soy hija suya solamente. Suya y de un tiempo de su vida y una reflexión. Y, la verdad, me hace bien poca gracia ser hija de una reflexión, tú.

-Es lo mismo que me dice siempre a mí, chica. No hay quien la saque de sus trece.

-Sí, pero tú algo más sabrás -Miriam se mostraba muy interesada; jugueteaba de nuevo con la medalla del Antiguo.

-En aquel tiempo tu madre compartía su tiempo con Alexis y conmigo; pero hay una misteriosa semana de por medio que nunca nos quiso explicar con precisión... Un viaje al norte, ¿sabes?

-Algo sé, pero poco.

-Aquel misterioso turista con un perro negro, posible padre de Saigo Newman, traía cartas para Pepita María y se conocían bien. Pregúntale por él cuando la veas para ver que te dice.

-Gracias por la sugerencia, Antiguo -Miriam María se mostraba más aplomada-. A propósito: esta bonita medalla que quieres reservar para un nada probable futuro Ahmed María, ¿por qué no se la pasas a su futura mamá directamente? Se hará un fastuoso vestido especial para lucirla entre sus senos o en el ombligo, y una vez más en tu honor...

-Me gusta la idea, bonita. Me lo pensaré antes de que nos dejes.

Habían charlado luego de otros asuntos; de trabajos y viajes, del tiempo de verano que se avecinaba, de amigos y conocidos lejos. "No te mueras, Antiguo. ¿No te da pena?", había dicho en un momento, y le

salía del alma, Miriam María. Se acercaban hacia la plataforma Leila y Erik. “Tú vuélvete a Alejandría con tu querido Norodín y deja a este viejo tranquilo, niña. Un día sabrás que la realidad tal cual sea es, por fuerza, plenitud, como dijera más o menos aquel...” Después de una breve pausa -ya estaban Leila y Erik al pie de la plataforma y lo pudieron escuchar-, añadió solemne: 129

-Considérame vivo y a tu lado cada vez que sientas la felicidad en tu bragueta.

Leila y Erik llevaron a Constelación al aeropuerto. Miriam María se fue a buscar a Simón el Mago y a los Hamuínes para preparar viaje y el Antiguo hizo ascender la plataforma y el resto de la tarde se lo pasó en lo alto, silencioso y con música de piano, saxos y guitarras.

~~2.16.~~

~~En su tiempo de estancia en la casa de don Borondón, a la Hamuína Warda le había surgido un enamorado fiel, un turista yanqui de nombre Bob que vivía en un hotel de la costa. Un día la había visto en la playa y debió quedar fascinado por aquella belleza hamuína; todos los días que siguieron, desde que Warda aparecía por la playa o el naranjal hasta que se retiraba por la noche a dormir, el yanqui Bob la seguía a todas partes a una distancia cortés o respetuosa. Al principio aquella presencia continuada del chaval había inquietado a Warda, hasta que acabó por acostumbrarse y hasta se sentía vagamente halagada. Diez o~~

Sigue en 11-05-Don Borondón el Babilónico